

ANTONIO GARCÍA BARBEITO



TALHARA



algaida



Imagen del final de la obra: *Un paseo por el río*, Emilio Sánchez-Perrier, ca. 1890.
Colección Carmen Thyssen-Bornemisza en préstamo al Museo Carmen Thyssen
Málaga.

© ACI / Alamy

Primera edición: 2023

© Antonio García Barbeito, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-833-7

Depósito legal: SE. 152-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Parte I. Un viaje de ida y vuelta	11
Parte II. Los orígenes	81
Parte III. Argentina	179
Parte IV. Castilleja de Talhara	241
Epílogo	335
Agradecimiento	339

*A Lola, mi mujer, que me pidió las
manos para escribir esta historia*

PARTE I

UN VIAJE DE IDA Y VUELTA

CUANDO AURORA ZORRENTINI CAMINABA HACIA LA salida del cementerio de la Recoleta, no sabía si venía de dejar allí las cenizas de su madre o si era una resucitada que se hubiera levantado de su propia tumba. Tal era su soledad y tal su enajenación.

La piedra, gris y negra, o gastada de intemperie, como si la lluvia, el frío, el calor y la luz la hubieran vestido de luto para estar en aquel cementerio. La muerte esculpida de la Recoleta. Panteones con la riqueza de los mejores monumentos de algunas plazas, como si la muerte de los ricos fuera una nueva vida en la que el lujo tuviera que estar presente. Allí, desde que en 1822 enterraran a un niño negro liberto llamado Juan Benito, hasta las cenizas de la madre de Aurora, poetas, presidentes de la nación, médicos famosos, militares representativos, premios nobeles... Allí, el canto callado de José Hernández, por más que en la vida siga sonando su *Martín Fierro*; allí, Victoria Ocampo, gran amiga, o persona de otras cercanías, del español Ortega y Gasset; y allí, su hermana Silvina, esposa de Bioy Casares, y el propio escritor; y el boxeador Firpo, noqueado por

la vida; y la actriz Blanca Podestá. Y allí, Eva, Evita. La muy llorada Evita Duarte de Perón, allí, tan joven, dormidos sus treinta y tres años entre los brazos de ese trasunto de vida que le dio la tanatopraxia, trampantojo al fin. Allí, Evita, convertida la piedra de su panteón en un duelo gris; tumba donde destacan varias placas de asociaciones y de seguidores que la adoraban como a una gran madre nacional. Y una placa con un relieve de su perfil. Flores y palabras. Como la íntima capilla de una santa rodeada de exvotos. «Eterna en el corazón del pueblo de Almirante Brown». «... Quien anduvo en mi senda, que la siga...» «Volveré y seré millones...». Evita es la vida para el pueblo, la inmortal que descansa en una tumba. La imposible muerte.

Antes de pasar bajo la imponente portada levantada sobre cuatro columnas de orden dórico griego, leyó —y esta vez tradujo— lo que cuando niña leía y le sonaba fúnebre, porque entendía que esa era la voz de los muertos: *Expectamus Dominum*. «Esperamos al Señor». Ella no esperaba al Señor. En verdad, no esperaba a nadie, porque sabía que nadie venía de camino hacia ella. Quizá por eso volvió la cara cuando salió del cementerio y, a conciencia, leyó las tres palabras que, también en latín, coronan la entrada: *Requiescant in pace*, lo leyó por su madre y también por ella, por si acaso era posible descansar en paz en el 2065 de la calle Peña, muy cerca del cementerio, entre Uriburu y Azcuénaga.

Toda de negro, elegante verticalidad de la pena, Aurora no podía evitar que la ropa de luto le diera un aspecto donde un involuntario erotismo se abría paso entre sus formas de mujer. No obstante, no era la hermosura, ni era la elegancia, ni era el mínimo interés en resultar atractiva lo que Aurora deseaba en ese momento. Todo lo contrario: Aurora se sentía la mujer más desgraciada del mundo:

—Todo lo que vivía cerca de mí, pendiente de mí, ha muerto. Por delante no tengo más que mi propia proyección.

Estoy sola, completamente sola, más sola que nunca. Enterré a mi abuela, a mi padre, y ahora, a mi madre. Sola estaba cuando se puso a morir y sola lo he arreglado todo. Solo los de la funeraria y los del tanatorio saben de su muerte. Me fui al cementerio con sus cenizas, dejé la urna en la tumba de mi padre y aquí cierro toda mi sangre. Así he querido que fuera y así ha sido. A la tarde llamaré a Paula y se lo contaré todo. Al principio se enfadará conmigo, pero al final lo entenderá. Cosas más graves —dudó al decir «más graves»— me ha entendido. Ya nada queda detrás de mí. Soy como un mascarón de proa sin barco y con un incierto mar por delante. Y hay que surcarlo. Los antepasados de mi padre se pierden en un lejano barco que vino de Italia hace cien años, y jamás dijeron de qué lugar de su patria eran; mi padre siempre contestaba encogiéndose de hombros y con una salida que pretendía que resultara simpática y suficiente para que no siguieran preguntándole:

—Seguramente serían de la punta de la bota, porque parece que mi abuelo, por el poco apego que le tenía a Italia, no llegó aquí en barco, sino de un puntapié que le dio su país...

»La familia de mi madre sí está localizada, en el sur de España. Descartado, por desconocimiento, el origen italiano, si algo vivo existe de mi sangre, no está aquí, está en la madre patria. Así que, para seguir sintiéndome viva, no me queda más remedio que desandar el camino de la mitad de mi sangre. Tengo que ir a España, además, se lo prometí, se lo juré, a mi abuela. Si nunca pasó de ser una anécdota escrita, un sueño en un papel apulgarado que alimentaron mi abuela y mi madre como quien se empeña en mantener encendida una llama ante un santo, ahora cobra sentido cuanto hay en ese cofrecillo que fue de mi abuela a mi madre, y de mi madre a mí. Esa carta, y... ¡Quién iba a decirme a mí que iría algún día a España...! ¡Y sola!

Entró a La Biela a tomar algo, un martini, o una cerveza. Como hacía siempre, desde que los pusieron allí como recuerdo a sus frecuentes visitas, saludó con una breve y un punto cómica inclinación de cabeza a las dos estatuas que, sentadas junto a una mesa redonda, retratan una tertulia propia de Museo de Cera entre un Borges ya envuelto en su ceguera, con las dos manos apoyadas en un bastón, y un apuesto y sonriente Bioy Casares que escribe en una libreta. No lejos de ellos, en otro sitio del establecimiento —estatua que a veces colocan a la puerta, cerca de una cabina de teléfonos de estilo inglés, roja—, otro héroe nacional: Oscar Gálvez, un excepcional piloto automovilístico, hijo de emigrantes españoles, que estuvo en activo más allá de los cincuenta años y fue nombrado Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires.

—Parece que la mañana se empeña en rodearme de muertos...

Escogió una mesa junto a un gran ventanal con vistas a la avenida Quintana, un ventanal con cortinas recogidas que, desde la calle, le daban un aspecto de escenario de teatro al acristalado marco. El camarero la saludó con una cercana cortesía, sin tomarse confianza, pero con la condescendencia en el saludo de quien le ha servido muchas veces en aquel sitio. Aurora lo saludó con la misma condescendencia y le pidió que le aconsejara, que tenía dudas:

—La señorita, otras veces a esta hora, tomó un martini...

Tomó un trago de martini y miró al parque, donde el enorme gomero simula un gigantesco pájaro que cobijara bajo sus alas a su echadura. Fijó la mirada en el imponente árbol y pensó, con razón, que era el porteño vegetal más viejo de Buenos Aires. Brazos de más de treinta metros y una serenidad asombrosa en su porte. Poco más allá, en el cementerio de la Recoleta, donde las primeras tumbas se cavaron para los menes-

terosos, estaba ya, definitivamente ido, su último lazo sanguíneo. Volvió a recordar lo sola que estaba, pero algo le hizo cambiar de ánimo y de pensamiento: por la calle, por delante del ventanal, pasó, enlutada y quejumbrosa, una muchacha triste que se acercaba a la gente pidiendo limosna.

Aurora dejó de mirar a la calle y recorrió con la mirada el amplio local que, a esa hora, cercano al mediodía, recibía una oleada de clientes, como si la clientela de La Biela, bajo las lámparas de tres globos de cristal blanco y los ventiladores de techo, se moviera por una puntual marea humana en función del trabajo de unos, la costumbre de otros o la necesidad de todos de citarse en un lugar tan representativo. Cuando ya terminaba de retratar el ambiente del local, cerca de la entrada volvió a ver, y volvió a sonreír al verlos, las estatuas de Borges y Bioy Casares, que seguían en su eterna *conversación*, algo apartados de la figura de un Oscar Gálvez que parece posar antes de subir a su automóvil o recién conseguido el premio de una importante carrera. Miró la estatua de Borges. Trató de penetrar en la profunda ceguera del poeta, en su vida tan especial y en la zona que ella llamaba oscura y que quizá nunca fue tal para el poeta. Cuando el camarero se le acercó para preguntarle si quería algo más, le pidió otro martini y, por favor, que le dejara el libro que La Biela siempre tenía a disposición de clientes especiales que sabían cuánto significó para Borges el establecimiento. Y Aurora Zorrentini era una asidua de La Biela, y conocida su afición a la poesía, así como su íntima amistad con Paula, la hija del poeta platense Roberto Themis Speroni.

El camarero le sirvió el martini donde sonaban tres piedras de hielo que se ahogaban en el color rojizo de la bebida y sobre las que destacaba la media luna amarilla de un gajo de limón. Dejó la soda aparte, junto a un platito con aceitunas, y le entregó en mano el libro, una edición de Alianza Tres, de 1983.

Echó un poco de soda, tomó una aceituna y un trago. La mezcla del sabor salado de la aceituna con el agradable amargor del martini y la pirotecnia gaseosa de la soda, unido a que era lo primero que tomaba ese día, le improvisaron a Aurora una mueca que le encogió toda la cara, desde los ojos a la barbilla. Recordó en ese momento que, de niña, tras la toma de una medicina amarga y dulce a un tiempo y espesa, hizo un gesto parecido y su abuela Concha le dijo:

—¡Y esta niña..., que por ná jaze morisquetas...!¹.

El libro tenía muchas hojas dobladas por las esquinas, en las de arriba y en las de abajo, y Aurora sabía que algunas las había doblado ella, aunque fuera incapaz de saber cuáles. Y abrió el libro al azar. ¿Al azar? Parecía haber buscado aquel poema que le apareció al abrirlo:

*... sólo me queda el goce de estar triste,
esa vana costumbre que me inclina
al sur, a cierta puerta, a cierta esquina.*

En aquel momento, los tres endecasílabos fueron, por más que no era la primera vez que los leía, tres golpes en el alma, tres cortes en las carnes de la realidad de Aurora. Y, ¿por qué?, como un mensaje cifrado, sobre todo el último: «... al sur, a cierta puerta, a cierta esquina».

Aurora, mientras repasaba el libro de versos y, como una autómatas, daba sorbos cortos y espaciados y aun pinchaba cuasi a ciegas las aceitunas, pensó si acaso la vida, al dejarla tan sola, no le estaría indicando un cambio de aires, de costumbres, de ocupaciones, de casa, de barrio... Incluso de país. Ella no solo era porteña de nacimiento, también lo era de deseo de serlo, de

¹ «¡Y esta niña..., que por nada hace morisquetas!».

identificación con muchas cosas de su ciudad y de convicciones. Era una porteña que, aparentemente, podría vivir sin ningún problema con solo tener cerca, cuatro o seis veces al año, un paseo por los Bosques de Palermo, y por Puerto Madero, y por La Boca, y por El Tigre, y por la calle Corrientes, y por San Telmo. Y por Recoleta, claro, su barrio, que, aunque su calle fuera Recoleta más por deseo de sus vecinos que por verdadero entronque con la zona, era Recoleta. También necesitaría ir a tres o cuatro espectáculos en el Colón, y muchas noches y muchas tardes, a conocidos bares o restaurantes de su zona y, sobre todo, de San Telmo, y a tomar lo que ella llamaba «un café con libro» en el escenario de lo que fue el viejo teatro El Ateneo, de la avenida Santa Fe, felizmente convertido en librería. El Ateneo, aquella forma de convertir la lectura en una interpretación teatral. O un buen asado de tira, un buen vino de Mendoza —¿un Malbec, un Saint Felicien, reserva, de las bodegas Catena Zapata, de Mendoza?—, que era su debilidad. Siguió abriendo el libro; ahora, por la página 29, y otro poema, «La Recoleta»:

*Convencidos de caducidad
por tantas nobles certidumbres del polvo,
nos demoramos y bajamos la voz
entre las lentas filas de panteones,
cuya retórica de sombra y de mármol
promete o prefigura la deseable
dignidad de haber muerto.
Bellos son los sepulcros,
el desnudo latín y las trabadas fechas fatales...*

Aurora necesitaba salir de aquel cementerio, abrir puertas, ventanas, descorrer cortinas. No es que buscara poemas de fiesta, pero tampoco aquella tristeza de piedra negra o gris que en

«La Recoleta» tiene puesta la Muerte por toda prenda. Se levantó y fue al servicio. Mientras se lavaba las manos en el baño, se miró al espejo y —eso no tuvo que buscarlo en el libro— recitó parte de un poema del que también recordaba el título: «Adán es tu ceniza»:

*... El rostro que se mira en el espejo
no es el de ayer. La noche lo ha gastado.
El delicado tiempo nos modela...*

Aurora volvió a la mesa, miró a la calle al través de la ventana y recitó un único verso de Borges que repetía muchas veces, mientras caminaba por la ciudad: «Será por eso que la quiero tanto». Lo repetía a menudo con su amiga Paula. Fue en ese momento cuando cayó en la cuenta de que hacía tres días que no encendía el celular. No era muy aficionada a usarlo, pero alguna vez la sacó de algún apuro, un día que necesitó llamar a un remisero amigo, una tarde que no encontraba las llaves de su departamento y llamó a Paula para que le trajera la copia que su amiga tenía, y aquel día que respondió al mensaje que le escribió aquel poeta que conoció en una lectura poética y con el que estuvo hablando sobre algunas metáforas que Aurora no entendió. Cuando se despidieron esa tarde, que ya apuntaba noche, Aurora recibió un mensaje del poeta: «Gracias por la emoción de esta tarde...». Y ella le contestó inmediatamente: «Yo también me he sentido muy bien junto a ti...».

Aurora, sentada junto a una mesa en La Biela, mirando un martini en un vaso ancho donde van menguando tres cubitos de hielo, como gasta los icebergs el agua del lago Argentino, una botella de soda al lado, a medio consumir, y una tentación de fumarse un cigarrillo, y otro, y otro..., y un silencio que en ese momento no sabía cómo gobernar, decidió quedarse entre las

páginas del libro de Borges y entre algunos poemas que recordaba de otros poetas.

—Así que lo mejor será cambiar de aires, colgar el luto en el ropero y tratar de que la pena no me gane la partida. Y pensar en el viaje a España.

En el 2065 de la calle Peña estaba todo revuelto: la cocina, sin recoger; el salón, con el sofá y los sillones y aun una mesa pequeña con ropa encima; la habitación principal, con la cama deshecha, el cuarto de baño, con las toallas encima del lavabo... Fue todo muy rápido. Al poco de levantarse, sintió a su madre quejarse, se acercó a su dormitorio y le dijo que estaba fatigada, algo mareada y con cierta descomposición general. Aurora llamó a un centro médico de urgencia de su compañía y la chica que le atendió le dijo que uno de sus facultativos estaba visitando a un enfermo dos cuadras más arriba, que lo llamarían y que se acercaría cuando terminara la visita. Para que el médico no la viera como la veía todas las mañanas, al levantarse, el espejo del cuarto de baño, Aurora se alisó un poco el pelo, se lavó la cara con una manopla empapada en agua fría y se puso lo primero que tenía a mano. El doctor llegó y dijo que no le gustaba el cuadro médico de la enferma a la que apenas se le entendía lo que hablaba. Y llamó a una ambulancia. No se lo dijo a Aurora, pero pensó, y desgraciadamente estaba en lo cierto, en un accidente cerebrovascular. Aurora llamó a Paula Speroni a su casa y esta no atendía el teléfono; la llamó al celular y, según la grabada voz metálica, estaba «apagado o fuera de cobertura». El chófer de la ambulancia llamó al timbre, subió con una silla de ruedas y salieron de la casa. Todo lo que vino después está en la memoria de Aurora como la escena de una pesadilla donde el tiempo no existe en la medida humana, y donde no se siente ni frío ni calor, donde el antes y el después se alternan y, en fin, todo queda en una nebulosa donde nada se perfila. Pero no había sido una pe-

sadilla; fueron tres días de hospital, entre la gravedad, la muerte, la incineración...

* * *

Como si su cara y su cuerpo se hubiesen rezagado en los almanaques, Aurora Zorrentini aparentaba seis o siete años menos de los que en verdad tenía. Su aspecto era el de una muchacha que llevara algún tiempo acostumbrándose a llevar dignamente los treinta años. Es más, en alguna ocasión, cuando fue al ginecólogo o al dentista, al decir su edad le pusieron cara de sorpresa, cuando no de incredulidad. Tenía intactas todas sus piezas dentales, y lucía una hermosa mata de pelo negro donde todavía el tinte no había tenido que oscurecer canas, por más que a veces, por coquetería, gustara de darse unos reflejos caoba, sobre todo en la parte de la media melena que casi le cubría los pómulos; y a la vista, su cuerpo era el de una mujer soltera donde la preñez no hubiera empezado a ir dejando ese cuajo del cuerpo de las paridas.

Ojos grandes y negros como la noche en un pozo, en el doble azabache se le encendía una claridad brillante, como si la inteligencia se le escapara por una rendija del cristalino. Porque era, amén de hermosa y guapa, inteligente. Morena de piel —«Llevas Andalucía marcada, hija mía», le decía a veces su madre—, bajo la nariz a punto de ser ancha, a Aurora le afloraba una boca sensual donde el labio superior simulaba un par de alas carnosas, la misma boca que se abría riende en el gozo y se apretaba, como un sujeto *no* de rabia, cuando algo la contrariaba. Ese gesto de la boca lo acompañaba con algo que en Aurora fue siempre una señal inequívoca de su estado de ánimo o de su contraria reacción a algo o a alguien: el ceño. Si lo fruncía, era anuncio de tormenta interior, y a partir de ese instante, cual-

quier cosa podía suceder: que estrellara en el suelo lo que tuviera en la mano o, más duro aun, que se encerrara en un mutismo —sellada la boca como si fuera la vieja cicatriz de una hermosa herida— del que tardaba bastante tiempo en salir. Pero si todo en ella era complacencia, la boca, dura otras veces, se le convertía en una fiesta dentada y fresca, y el ceño se le relajaba entre dos cejas como dos arcoíris negros. Esas veces, las de la alegría, Aurora parecía una casa a la que costaba imaginar con las puertas cerradas. Pero para que eso sucediera, ella debía estar muy segura —o muy convencida— de que merecía la pena abrirse de par en par, quiero decir por fuera; por dentro, Aurora no era terreno fácil ni expedito al primer intento. Consciente de que guardaba mucho bueno dentro, iba racionándolo en función de quien tuviera delante. Había conseguido ser encantadora sin decir más allá de media docena de palabras, algo que quizá había aprendido de su padre, un hombre al que le bastaba un monosílabo para abrir o cerrar una reunión. Todo eso le daba a Aurora una misteriosa imagen que, como ocurre con el paso del tren, nunca dejaba indiferente a nadie. Una gracia especial al andar —aunque sin necesidad de paso de pasarela— y unos pechos a la exacta medida de la exigencia más equilibrada, bajo los que empezaba a derramarse un torso sereno que se hacía pequeña cintura para dar más realce a sus caderas, le dieron siempre cuando niña la misma figura de muchacha que ahora le mantenían sus treinta y siete años. Un día, cuando estudiaba el primer curso de fotografía, uno de los profesores le dijo: «Pero..., ¿vos venís a aprender fotografía o para aprender a posar?». La contestación de Aurora fue con el ceño y la boca. El profesor, desde ese día, jamás volvió ni a preguntarle ni a tutearla.

* * *